

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La razón de la sinrazón

Gentes hay que se llaman a sí mismos,—y lo voccean en todos los tonos y con tal título rotulan todos sus actos—defensores del oprimido, amparadores del abandonado, protectores desinteresados y constantes del humilde, del pobre, del débil contra la tiranía y la ambición de los soberbios, de los poderosos. Y muchos, incautos, creen sinceridad lo que es falacia y, deslumbrados por las bengalas de una palabrería hueca, no aciertan a distinguir clarividentes la realidad funesta de los hechos. Y engañados los siguen como a anuncios de su libertad, como a redentores de la que llaman su esclavitud.

Pero estas gentes falaces encuentran acoso en su camino a otras gentes menos vocedoras, que también laboran—he dicho también y debería sólo decir sí, porque las otras más bien hablan—por el bien de los humildes, por la defensa de los oprimidos, por la justicia de los abandonados; y al encontrarlas les dicen: eso es hipocresía—¡hipocresía, cuando son ellas, no las que las atacan, las que ponen de acuerdo sus hechos con sus palabras!—eso es un engaño—¡y argumentan con realismo!—¡tarde lo decís—¡y hace veinte siglos que lo vienen predicando en todos los idiomas!—os trae el miedo—¡miedo, os que han dado legiones de martires por defender la doctrina que condena a todos los tiranos!

¿Por qué esa contradicción, dirán algunos, entre dos bandos que parecen defender la misma causa?

¡Ah! porque uno la defiende; pero el otro la explota. El uno vé el mal y se aplica a ponerle remedio; el otro se apresura a extenderlo y a agravarlo, porque con su extensión y con su agravación madra y vive. Quiere el uno que cesen las injusticias, las opresiones, las tiranías, porque anhela que triunfe su ideal santo de P. z. de Amor, de Justicia, de Fraternidad, el otro dice lo mismo, es verdad, tal vez lo diga con voces más resonantes; pero en su corazón no quiere lo que dice, porque habiendo oprimidos

tendrá oyentes en las plazas, tendrá socios en el club, tendrá muchedumbres en las manifestaciones, tendrá suicidas en las barricadas; y teniendo los habrá actas, influencias, apoteosis y... automóviles acaso que repartir amigablemente entre los desinteresados defensores del pueblo oprimido y vejado.

Todas las sinrazones tienen una razón que las explica.

VIMON

Estudios Sociales

CARIDAD

Muchas de las satisfacciones que yo he tenido han sido las producidas por las cosas que de menos valor he dado, si bien siempre con el amor que la desgracia me merece; no es en todos los casos la cantidad lo que más valor tiene al ejercer la caridad, sino la oportunidad al hacerla y la voluntad con que se hace.

Como comprobación de esta verdad, referiré un solo caso de entre los mil que referir pudiera, el que a pesar de su poca importancia demuestra lo que antes dejo dicho.

Un día recogí de una esterco era una muñeca vieja y fea, seguramente allí tirada por niñas hastiadas de ella por tener otras mejores: la limpié lo mejor que pude y esperé ocasión de regalarla. Pensando en ello estaba, cuando llegó a mí puerta a pedir una limosna una pobre mujer que traía de la mano a una niña como de unos cuatro años, descalza y medio desnuda; la pobre niña seguramente tenía frío, pues lo hacía hasta para los que estábamos bien abrigados; después de darle a la madre lo que pude, me acordé de la muñeca que poco antes había limpiado y la di a la pobre niña. Tomarla y tenerla de besos, todo fué uno; la alegría de aquella niña fué inmensa, incomparable; al frío que antes sintiera desapareció como por encanto favoreciendo de felicidad el corazón de aquel pequeño ser, felicidad que aunque con distinta demostración contagió a su pobre madre, la que al decirme «Dios se lo pague a usted», dos lágrimas de

agradecimiento brotaron de sus ojos, y besando a su pobre hija, siguió su peregrinación pidiendo de puerta en puerta.

¿Puede hacerse una caridad más económica? Una moneda de cinco céntimos, unas palabras de cariño, y una muñeca que otras niñas habían tirado, fueron causa suficiente al ilimitado agradecimiento de una madre y a la alegría de una pobre niña descalza y helada de frío. Así es todo.

La caridad para servirla en toda su magnificencia, es necesaria practicarla con aquellos que verdaderamente de la caridad necesitan. No es el dinero el que todo lo remedia. ¡Desgraciado el que, sobrado de dinero, le falta la caridad!

He dicho antes y repito una vez más, que hay que contemplar de cerca la desgracia para poder apreciarla y sentir mejor los medios de remediarla. Dar muchas limosnas sin conocer el infortunado de aqueiros a quienes se dan, aumentar la beneficencia por cualquier medio y fin a otros cuando puede tenerse el placer de practicarla, es desconocer ese sublime sentimiento que la caridad proporciona a los que sintiéndola, practican ese único bien que antes que al agraciado, paga con creces al que la gracia hace desde el momento que piensa hacerla.

HILARIO J. SOLANO

La agonía de los ojos

Artículo publicado por «La Croix» de París.— Traducción de Miguel dos Agros.

Cuando volvió en sí, el sargento bretón no se acordaba de nada...

Una vocecita murmuró en su oído que había sido afortunado... Su trinchera había sido volada... había quedado enterrado vivo... encima de él, en el embudo abierto en el suelo por la explosión, sus camaradas se habían batido por espacio de cuatro horas... Felizmente, su bayoneta sobresalía un poco... Por la mañana, unos sanitarios lo habían desenterrado y lo habían traído a aquella ambulancia...

Todo esto bailó, zumbó en su pobre cabeza atascada... Más que nada le duelen los ojos...

No obstante, los efectos del choque y conmoción parecen amortiguarse; las suaves manos de las enfermeras dirían que aspiran el caos que el soldado tiene dentro de sí... Escapado del país del espanto, el joven sargento contempla la ambulancia, clara y alegre, los blancos delantales de las enfermeras, las lindas flores que rodean la efigie de Nuestra Señora, y, por vez primera, desde su llegada, sonrío a la claridad de todas estas luces...

—¿Tiene dolores aún?

—No; estoy bien... ¡muy bien!

—Pero sus ojos le escuecen!

—¡Han visto tantas y tales cosas sus ojos! ¡Han visto el infierno!

Un poco intranquilo, el sargento pide un espejo y se mira en él.

—¡Oh, el vanidosillo...! exclama la enfermera.

En el espejo ve el soldado sus claros ojos, sus hermosos ojos de adolescente, que su madre besaba cuando de ella se despidió... sus ojos azules, como el cielo de Francia.

¡Tenía tanto miedo!... dice a la enfermera, devolviéndola el espejo... ¡tanto miedo de quedarme ciego!

—¿Esta usted en su sano juicio? Sus ojos ni colorados están...

El sargento coge de nuevo el espejo y se mira otra vez.

—Es verdad... ¡ni colorados están!

Sin embargo, el presentimiento, como un animal atónico, se ha agarrado en su alma.

Por dos veces, el médico militar encargado de la sala le ha examinado prolijamente los ojos, y el sargento ha sorprendido ciertos gestos...

Además, en ocasiones, las almas, sin necesidad de intermediarios, leen directamente la verdad en las otras almas.

Sus ojos no le causan ya al sargento dolor ninguno, ¡y siente temores por ellos!

Una tarde, cerca del anochecer, dice a la Hermana: